

Niños maltratados: análisis de los aspectos cognitivos a través del WISC III ¹

Battered childhood: analysis of cognitive factors by the WISC-III

SILVINA COHEN IMACH ²

RESUMEN

El objetivo del presente trabajo es comunicar resultados alcanzados en la primera etapa del Proyecto de Investigación sobre Maltrato Infantil y aspectos cognitivos, que llevo a cabo a través de una pasantía otorgada por el Consejo de Investigación de la Universidad Nacional de Tucumán (C.I.U.N.T.).

Se analizan las secuelas y consecuencias que produce el abuso hacia los menores, haciendo especial hincapié en el funcionamiento intelectual de los niños maltratados, sin desconocer, sin embargo, los efectos que genera también a nivel emocional y social.

Se trabajó con 30 niños abusados (física, psíquica y/o sexualmente) que asistieron a una Institución pública, que atiende específicamente esta temática, con el fin de evaluar las secuelas del maltrato. Para la recolección de los datos se utilizó las Escalas de Inteligencia de Wechsler para niños, tercera edición (WISC III) y una entrevista semidirigida a padres o cuidadores del niño, a fin de contextualizar los datos dentro de un encuadre clínico.

Las hipótesis que se transmiten son el resultado del análisis y triangulación de datos cuantitativos y cualitativos, con apoyo en investigaciones anteriores sobre la temática.

Palabras claves

Niños maltratados, características cognitivas.

¹ Presentado en el I Congreso Nacional de Psicodiagnóstico. VIII Jornadas Nacionales de A.D.E.I.P. Psicodiagnóstico: un camino hacia la prevención. 2 y 3 de mayo de 1997. San Martín de los Andes, Argentina.

² Jefe de Trabajos Prácticos de la Cátedra Teoría y Técnicas de Exploración Psicológica (Niños y Adolescentes) de la Facultad de Psicología de la U.N.T.

C/ Alberdi, 186. 4000 San Miguel de Tucumán (República Argentina). E-mail: parolo@networld.com.ar. Teléf.: 081-305579. Fax: 081-217199

ABSTRACT

With this paper we communicate the results we obtained in a research made by the Universidad Nacional of Tucumán (Argentina) about battered child and their intellectual characteristics.

We analyzed the consequences of the abuse in the childhood, specially on the intellectual aspects. We will focus our attention in the cognitive process of battered child. We have worked with a sample of 30 cases (girls and boys) from 6 to 16 years old. We used Wechsler's Intelligence Scale for Children, third version (WISC III).

Key Words

Child battered, intellectual characteristics.

RESUMO

O objetivo do presente trabalho é comunicar os resultados alcançados na primeira etapa do Projeto de Investigación sobre o Maltrato Infantil e aspectos cognitivos, que estou realizando através de um estágio otorgado pelo Conselho de Investigación da Universidades Nacional de Tucumán (CIUNT).

Estao sendo analisadas as sequêlas que produz o abuso aos menores, fazendo finca-pé no funcionamento intelectual das crianças maltratadas, sem desconhecer, no entanto, os efeitos que isto gera também a nivel emocional e social.

O trabalho foi feito com 30 crianças que sofreram abusos (físico, psíquico e/ou sexual), que assistiram a uma instituição pública, que trata especificamente deste assunto, com a finalidades de avaliar as sequêlas do maltrato. Para a coleta dos dados, utilizou-se as Escalas de Inteligencia de de Wechsler para crianças, 3º Edição.

Palabras claves

Maltrato infantil, aspectos cognitivos.

“El hombre, en el inicio, se encuentra en un estado de desamparo y de dependencia absoluta respecto de los demás; si llega a perder el amor de la persona de quien depende, al poco tiempo pierde su protección contra toda clase de peligros; y el principal peligro al que se expone es que esta persona todopoderosa le demuestre su superioridad en forma de castigo”.

(FREUD, S. *El Malestar en la Cultura*)

INTRODUCCION:

El presente trabajo surge como resultado de los avances alcanzados en el Proyecto de Investigación “Aspectos Cognitivos en Niños Maltratados”, propuesta que se encuentra incluida en un Proyecto más general denominado “Aspectos Psicológicos, Sociales y Culturales en Niños y Adolescentes de Tucumán”, dirigido por la Lic. Norma Contini de González. El tema de investigación surge a partir del incremento de la demanda de casos de Violencia Familiar en general, y de Maltrato Infantil en especial, en distintos servicios de salud y en Defensorías oficiales. Si bien el maltrato y el abuso existieron desde siempre, este aumento nos convoca a los profesionales de la salud a delinear respuestas y proponer estrategias de acción.

Desde mi lugar de docente de una cátedra de evaluación psicológica a niños y adolescentes y a partir de mi experiencia como psicóloga en un servicio municipal de violencia familiar, surgen numerosos interrogantes ¿Cuáles son las secuelas, las marcas que el maltrato infantil produce en los más pequeños?, ¿existen características emocionales

entre ellos?, ¿por qué es tan común el problema de aprendizaje en los niños abusados?

En esta etapa me centré en la tarea de detectar esencialmente las características, las potencialidades y dificultades que aparecen a nivel cognitivo en estos niños, sin descuidar empero, los factores afectivos o emocionales que influyen sin duda, en el desarrollo intelectual del pequeño. Estas particularidades emocionales, sin embargo, serán objeto de un estudio más sistemático en una etapa posterior.

MARCO TEÓRICO

Maltrato, abuso, violencia contra los menores son diferentes modos en que los miembros de una comunidad designan la agresividad que ferozmente se descarga contra los más pequeños, las más de las veces sus propios hijos.

En nuestros tiempos, el maltrato infantil constituye un problema psicosocial imposible de ignorar, (aunque a menudo sea eso lo que la sociedad intenta realizar), en tanto un gran sector de la población infantil es víctima de la violencia de sus padres.

Revisando la bibliografía sobre el tema, resulta difícil encontrar una única definición con respecto al maltrato infantil. En primer lugar, porque el problema de los malos tratos en la infancia ha sido abordado desde diferentes ámbitos profesionales: médicos, psicólogos, trabajadores sociales, abogados, aportan diversas miradas y, con ello, diferentes criterios. En segundo término, el concepto que un grupo cultural tiene acerca de la infancia, determina de algún modo las prácticas de crianza, el estilo de relación que los adultos establecen con los niños, los ambientes que se les diseñan, los desarrollos que consideran necesarios, las expectativas sobre ellos. Así, lo que una cultura o grupo cultural percibe en algún momento como maltrato, en otras lo consideran, por ejemplo, actos rituales incuestionables y hasta a veces, necesarios. Por ejemplo, la concepción de niño como un adulto en miniatura, vigente durante los siglos XVI y XVII permitió la explotación infantil y la exigencia exagerada hacia los más pequeños.

Además, el concepto de maltrato fue evolucionando y modificándose, conforme al desarrollo de nuevas investigaciones. Las primeras conceptualizaciones sobre el tema aparecen en la década de 1960, considerándose básicamente maltrato a la agresión eminentemente física. El término "Síndrome del niño maltratado", acuñado recientemente, fue descrito por primera vez en 1868 por Ambroise Tardieu, pero profundizado por Caffey y Silverman sólo en 1946. Apuntaba principalmente a describir un tipo de lesiones físicas de índole traumática provocadas por la violencia (Kempe, 1979).

Posteriormente las definiciones se van ampliando, de acuerdo a los hallazgos de

nuevas investigaciones, ya que revelan diferentes modos de maltrato, no incluidos en la primera definición: el maltrato emocional, no menos grave, en tanto genera también daño psicológico (Kempe, 1979) y el maltrato social, que con actitudes pasivas o por omisión pueden interferir el desarrollo del niño (Gil, 1987).

En la actualidad, el término «Maltrato Infantil» apunta, no sólo al maltrato físico, sino también al emocional y sexual, así como a todas aquellas situaciones que por negligencia ocasionan daño, siendo el abandono infantil su forma más extrema (Domínguez Frejo, J. 1987).

Los chicos de la calle, la desnutrición infantil, los niños testigos de la violencia familiar, son diferentes modos de violencia. Sin embargo, asistimos hoy a nuevas formas de agresión, fundamentalmente en las clases sociales más altas, sutilmente negadas: la indiferencia, el descuido afectivo, la humillación. Formas que sin lugar a dudas dejan su marca en el psiquismo del niño. Así, si el fajamiento y la envoltura (del cuerpo) fueron expresiones del maltrato de una época (aunque no considerados como tal en esos años), la indiferencia y el abandono emocional son característicos de nuestros tiempos (Levin, E., 1995).

Adhiero a la definición de maltrato infantil que el Lic. Jorge Corsi sostiene en su artículo "Algunas consideraciones sobre la Violencia Familiar" (1990), que señala que maltrato es "cualquier acción u omisión, no accidental, que provoque daño físico o psicológico a un niño, por parte de sus padres o cuidadores".

El factor común, nos dice el autor, que subyace en todas las formas de maltrato, con-

siste en el abuso de poder o de la autoridad. La violencia siempre implica el uso de la fuerza; no se trata sólo de la fuerza física, sino también de la fuerza psicológica, que se instaura día a día, y se refuerza principalmente, a través de diferentes mitos y estereotipos sociales acerca de los roles “adulto”- “niño”, “padre”- “hijo”.

Toda violencia, afirma F. Doltó (1988), procede de la ausencia de palabras para expresar un desacuerdo (o distintas puntos de vista) entre dos personas. Cuando el sujeto ya no puede “hablar”, es el cuerpo, en tanto objeto el que continúa hablando, pasando a ser éste el que tiene que triunfar, o aguantar y sufrir.

La violencia, pues, silencia la palabra; en lugar del decir, aparece el golpear y el ser golpeado. Lo real del cuerpo invade lo simbólico y desaparece en ese instante, todo el entramado que sostiene al sujeto. La fuerza del golpe o de un insulto, aparece sobre el cuerpo de un niño, dejando sus marcas.

METODOLOGÍA

La muestra con la que se trabajó en la recolección de los datos, corresponde a la población infantil y adolescente que asistió a la Sección Violencia Familiar de la Municipalidad de San Miguel de Tucumán durante los tres primeros meses de 1996. En general, los niños que llegan a este servicio son derivados de las Defensorías Oficiales de Menores, donde previamente hicieron la denuncia por malos tratos, a fin de realizar una Evaluación Psicológica. Evaluación que apunta, sin dudas, a pesquisar las secuelas psicológicas, tanto a nivel emocional como intelectual, consecuencia del abuso.

El diseño de la muestra, dadas las particularidades del tema en estudio, fue “sesgado”, en tanto se tomó como muestra a todos los niños entre 6 y 16 años que concurren al servicio durante esos meses. Sólo se excluyó a aquellos niños que por razones de índole emocional, se hallaban bloqueados o severamente inhibidos para afrontar las diferentes situaciones de prueba que la técnica propone. Se trabajó así, con 30 niños abusados (17 varones y 13 mujeres), entendiéndose por abuso al maltrato físico, emocional, sexual y testigo de Violencia Familiar.

TABLA 1.—**Diagrama de la Muestra**

EDAD	MUJERES	VARONES
6 años	1	2
7 años	1	4
8 años	2	1
9 años	2	-
10 años	-	2
11 años	-	1
12 años	-	3
13 años	3	2
14 años	1	2
15 años	1	-
16 años	2	-
TOTAL	13	17

Para la indagación de los aspectos intelectuales, se utilizó las Escalas de Inteligencia de Wechsler para niños, tercera versión (W.I.S.C.III), datos que fueron contextualizados con una entrevista sociodemográfica tomada

al niño, y en los casos en que fue posible, una entrevista a la madre o cuidador del niño. La encuesta fue diseñada para averiguar acerca de la estructura familiar del pequeño: edad, nivel de instrucción de los padres, ocupación de cada uno de ellos, si convive o no con el niño; cantidad de hermanos; tipo de vivienda (cantidad de habitaciones, y cantidad de personas por cada habitación). Investiga también sobre el rendimiento escolar del niño, los intereses extra-escolares (lectura, T.V., tiempo libre). Hace especial hincapié en el área referida al maltrato sufrido (tipo de maltrato, respuesta del niño hacia el maltrato, quién es el que maltrata, si es el único de la familia que recibe maltrato, etc.). Esta información, resulta de gran importancia, ya que nos brinda una primera aproximación a la realidad del niño y nos permite interpretar los resultados de la técnica desde un encuadre clínico.

El W.I.S.C. III fue elegido como técnica de recolección de datos, ya que, a pesar de los obstáculos que presenta a la hora de ser aplicado con fines de investigación, en mi opinión resulta superadora en relación a las otras técnicas de inteligencia elaboradas hasta el momento; nos posibilita conocer las distintas habilidades de un sujeto, sus potencialidades y dificultades y, dado su contenido, permite analizar aspectos clínicos o “no intelectivos”, que inciden notablemente sobre los resultados del test, ya que los niños incluyen en sus respuestas muchos elementos significantes que nos remiten a su singularidad y a su posición frente al otro.

RESULTADOS

Una vez recogido todo el material (encuestas y protocolos del W.I.S.C.III) se llevó a cabo el análisis cuantitativo y cualitativo y su

posterior triangulación, de donde es posible realizar numerosas inferencias.

Del análisis de las entrevistas se observa que los niños de la muestra, es decir niños maltratados que asisten a la Sección Violencia Familiar, provienen en general de zonas carenciadas y de barrios periféricos del Gran San Miguel de Tucumán (90% de la muestra), mientras que los restantes pertenecen a lo que llamamos “nivel sociocultural medio”. Consideramos que estas cifras tienen más que ver con el tipo de población que asiste a instituciones públicas, que a características inherentes a la problemática del maltrato.

En cuanto a la estructura familiar de los niños de la muestra, se observa que la figura paterna se halla ausente de los hogares en un 30% de los casos, mientras que la figura materna aparece como más estable, ya que en un solo caso la madre no convive con el pequeño. Es de señalar que en todos los casos, estas ausencias, se deben a conflictos de violencia intrafamiliar.

En cuanto a la ocupación de los padres de los niños de la muestra, se registra que la mayor parte de ellos son “cuentapropistas”, es decir, sin relación de dependencia: taxistas, kiosqueros, panadero, hace fletes, etcétera. En general no cuentan con cobertura médica adecuada, lo cual impide muchas veces, mantener un buen nivel de salud. En relación a las madres, se observa que el 70 % se desempeñan como amas de casa, mientras que el 30 % restante trabajan fuera del hogar, la mayoría de ellas como empleadas domésticas. De esto se infiere que tanto la figura paterna como la materna reproducen la estructura social y los roles tradicionales, donde es el hombre quien sale a trabajar (ámbito público), mientras la mujer se dedica

principalmente a las tareas del hogar (ámbito privado).

A partir de los datos del WISC III, corregidos con el baremo original, observamos que sólo el 20 % de los niños maltratados alcanza un Cociente Intelectual (CI) "término medio" (entre 90 y 109), más un 17% que se ubica en la categoría "Normal bajo" (80 a 89), por lo que deducimos que cerca del 40% se encontrarían dentro de las variables de la normalidad. Llama la atención sin embargo, que los restantes (63%) se ubiquen todos por debajo de la media, correspondiendo un 20% a la categoría "límitrofe" (70 a 79) y un 43% a lo que denominamos «retraso mental» (69 o menos), lo cual resulta alarmante.

En segundo término analizamos el desempeño de estos niños, comparando la escala

verbal con la escala de ejecución. De allí registramos que no hay diferencias entre el promedio de CI verbal y el promedio de CI de ejecución. Es decir, que tanto en las tareas que evalúan la comprensión verbal como en aquellas que requieren de la organización perceptual, los niños de la muestra puntúan por debajo a lo esperado para los niños estadounidenses.

Si tenemos en cuenta además, el promedio alcanzado por estos niños en la escala completa (CI 74, siendo la mediana de 71), podríamos inferir serias dificultades en el área intelectual. Estos datos coinciden con estudios anteriores de corte similar. Ya en la década de los 60 varios investigadores señalaban que un alto porcentaje de niños abusados evidenciaba rezagos intelectuales y

TABLA 2.—Resultados del WISC III

CATEGORÍA DIAGNÓSTICA	MUJERES	VARONES	TOTAL	%
Retraso Mental (69 o menos)	6	7	13	43 %
Limítrofe (70 - 79)	3	3	6	20 %
Normal Bajo (80 - 89)	2	3	5	17 %
Término Medio (90 - 109)	2	4	6	20 %
Normal Alto (109 - 119)	-	-	-	-
Superior (120 - 120)	-	-	-	-

cognitivos. Por ejemplo, nos dice Martínez Taboas (1991), Elmer Y Gregg en 1967 encontraron que el 57% de los pequeños maltratados encuestados tenían un cociente intelectual (CI) inferior a 80 en la Escala de inteligencia de Wechsler para Niños (WISC). Sin embargo, tal afirmación ha de ser relativizada teniendo en cuenta que los baremos con los que trabajamos hasta el momento, son los provenientes de poblaciones extranjeras y que las situaciones-estímulo que propone la escala lejos se hallan de ser cotidianas para el niño tucumano, principalmente el de clase baja, como lo es la mayoría de los pequeños de nuestra muestra.

Por otra parte, analizando el desempeño alcanzado en cada uno de los subtests, se observa que sólo las puntuaciones obtenidas en Aritmética se hallan dentro de los valores esperados. En todos los subtests restantes, los niños obtuvieron un puntaje por debajo de la media (puntuación equivalente inferior a 7).

De acuerdo a ésto podemos inferir que estos niños poseen buen manejo de los conceptos numéricos y de las cuatro operaciones matemáticas básicas para resolver los problemas planteados. Se observa, además, capacidad para comprender una situación problemática y traducirla en operaciones matemáticas, y luego verbalizar de manera coherente el resultado. Esto se debe, en parte, a que estos niños maltratados, provenientes en su mayoría de zonas marginales y carenciadas, se ven precisados desde pequeños a manipular conceptos numéricos, esencialmente asociados al dinero, en su afán de lograr la subsistencia diaria.

Sin embargo, también observamos, a partir de las puntuaciones alcanzadas en los restantes subtests, que estos niños sólo logran en

sus respuestas, las conceptualizaciones concretas o a nivel funcional, presentan dificultad para expresar verbalmente sus ideas, manifestando un lenguaje restringido, escasa capacidad de comprensión de situaciones sociales, dificultad de planeamiento, pobre rendimiento en cuanto a su destreza visomotriz, dificultad para utilizar el ensayo y el error.

Estos datos concuerdan con lo inferido a través de las encuestas a las madres o cuidadores de los niños, quienes afirman que los pequeños presentan serios problemas de aprendizaje, principalmente a partir de las diferentes situaciones de maltrato sufridas. Manuel, de 10 años nos cuenta: “repetí segundo grado, por que la maestra era mala, nos hacía burla y nos tiraba de la oreja. Ese año mi mamá se fue con otro hombre. Ella también era mala, nos pegaba con la escoba cuando no hacíamos los deberes. Ahora vivimos con mi papá y su novia”. El 60% de las madres comentan que el rendimiento escolar de sus niños es “malo”, revelando su agravamiento a posteriori de los episodios de violencia.

Así, articulando todos los datos, observamos que no es el C.I. el principal rasgo que caracteriza a los niños maltratados. Lo que diferencia o particulariza al niño que ha sido abusado por sus padres no es sólo de orden cuantitativo, sino también cualitativo. Así, y tal como afirma Bravo Valdivieso (1992), creemos que el bajo desempeño del pequeño en la escuela, no se debe tanto, aunque por supuesto los hay a un retraso en lo intelectual, sino más bien a diferencias cualitativas en el desarrollo de los procesos intelectuales, que le dificultan progresar en los logros escolares.

Estas diferencias cualitativas en el desarrollo cognitivo, que dependen principalmente de los modelos de interacción familiar y a la calidad de los vínculos familiares, y en segundo término de las condiciones socioeconómicas y macroculturales, delimitan estilos cognitivos diferentes, signados, casi siempre en estos niños abusados, por la dependencia, la sumisión, la obediencia acrítica a las normas; o por el contrario, por la rebeldía, la agresividad, el desafío a los límites y las normas.

Enfrentados con una exigencia, los niños maltratados, inmersos en su angustia, recurren a ciertos modos de respuesta, que en sí resultan poco satisfactorio. Algunos niños renuncian inmediatamente contestando «no lo sé» a preguntas sencillas y que podrían responder con facilidad, para no arriesgarse a una desaprobación del otro, al dar una respuesta equivocada. Otros, utilizan todo tipo de estrategia para desembarazarse de la tarea, por lo que contestan rápidamente y sin procesar la pregunta realizada por el entrevistador.

En aquellos niños de la muestra que sufrieron agresiones sexuales se observa como principales características la pasividad, las dificultades escolares por una fuerte inhibición cognitiva y el aislamiento social como mecanismo defensivo. La pasividad nos hace pensar que al querer ocultar el saber sobre la o las escenas que se significaron como traumáticas, en general, se inhibe mucho del deseo de conocer. A partir de ello muchas veces suele generarse una inhibición cognitiva, que frena toda posibilidad de investigar y de saber. Son muy pocos, sobre todos las adolescentes las que buscan el amparo legal, animándose a denunciar en tribunales o en la policía. La mayoría, en cambio, prefiere no

hablar, creer que el episodio ya fue olvidado; taparlo, aunque sin elaborarlo.

Una niña de 12 años, abusada sexualmente, a la pregunta “¿qué deberías hacer si ves que de la casa de tu vecino sale humo?”, responde: “Yo, por mi parte, no haría nada”. En cambio, una adolescente de 16 años, testigo de violencia familiar, ante la pregunta “¿qué harías si encuentras en un negocio una billetera que no es tuya?”, contesta sin más: “Ahí me sale mi parte delincuente. Si el dueño ya se fue, me la llevo”. Ambas respuestas reflejan de una u otra manera los diferentes modos en que el niño maltratado se sitúa frente al otro y frente al conocer.

Las madres por lo general los definen como chicos tímidos, inhibidos, callados, dóciles, o por el contrario como agresivos, peleadores, transgresores, rebeldes y “mañeros”. Modos estos que sin duda van a ir delimitando e incidiendo en los procesos intelectivos de cada sujeto, y que no son otra cosa sino las respuestas posibles a las traumáticas situaciones vividas.

Esto se correlaciona con lo extraído de las entrevistas, en relación a la respuesta del niño ante un episodio de violencia; algunos evidencian impotencia y desprotección ante semejantes hechos, mientras que otros, en cambio, responden con oposicionismo y rebeldía, adoptando conductas transgresoras, que a veces llega a la fuga del hogar. Frente al maltrato, la característica común a todos, es el sentimiento de bronca y, aunque más o menos tapado, el temor hacia la figura agresora, más allá de las identificaciones que a nivel inconsciente van determinando la singularidad de cada niño. La bronca y la impotencia frente a los actos de violencia, determinan en general en estos niños, comporta-

mientos de agresividad, de rebeldía, o por el contrario a la pasividad e inhibición de la pulsión. Ante el abuso sexual, se suma además, los sentimientos de vergüenza y de culpa.

CONCLUSIÓN

Si pensamos entonces, que la inteligencia es pensar antes de actuar, ser crítico con el propio modo de actuar, persistir en la meta propuesta, es justamente allí donde el maltrato aniquila al sujeto. Este, por el contrario se muestra inhibido, temeroso, incapaz de decidir por cuenta propia, postergando siempre sus proyectos por los mandatos del otro. El niño maltratado, en síntesis, crece y se desarrolla en un ambiente familiar y social que no estimula los comportamientos que suponen actuar de un modo inteligente.

Así, si bien en algunos casos la dificultad observada en el área intelectual, se origina por verdaderas lesiones producidas a nivel de lo biológico (golpes durante el embarazo, desnutrición, lesiones en el sistema nervioso por

golpes en la cabeza, etc.), en otros, no es otra cosa sino un síntoma, que aparece como la pared, la muralla que permite al niño continuar su historia, en un intento por desconocer el origen de su sufrimiento y de su angustia.

La violencia, pues, silencia la palabra, el diálogo, la discusión; en lugar del decir aparece el golpear y el ser golpeado. La fuerza del golpe o del insulto aparece sobre el cuerpo del niño dejando sus marcas; marcas que, como hemos visto, no sólo son en el orden de lo intelectual, sino también en lo emocional, destruyendo su autoestima y sus deseos de vivir.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bravo Valdivieso, L (1993). "Retardo mental sociocultural o diferencias cognitivas en niños de nivel socioeconómico bajo». *Revista de Psicología*. Vol.IX Perú.
- Corsi, J. (1990). "Algunas consideraciones sobre la Violencia Familiar". *Revista Derecho de Familia*. N° 4.
- Dominguez Frejo, J. (1987). "El síndrome del niño maltratado". *Revista interuniversitaria de Educación Especial*. N° 8.
- Dolto, F. (1989). "Cuando los padres se separan". Paidós. Argentina.
- Gil, D. (1973). "Violence against children. Physical abuse in the United States". Cambridge, Harvard University Press.
- Kempe, R. y Kempe, C. (1979). "Niños maltratados". Morata S. A. Madrid.

- Levin, E. (1995). *“La infancia en escena”*. Nueva Visión. Argentina.
- Martínez-Taboas, A. (1991). “Abuso físico en la niñez”. *Revista intercontinental de Psicología y educación*. Vol.4. México.
- Perret Clermont, A (1984). *“La construcción de la inteligencia en la interacción social”*. Aprendizaje visor. Madrid.
- Wechsler, D. (1994). *“Test de Inteligencia para niños. WISC III”*. Paidós Psicometría y Psicodiagnóstico. Bs.As.